



Una sola familia humana, Alimentos para todos

GUIÓN LITÚRGICO SEMANA CONTRA LA POBREZA, OCT2014¹

SUGERENCIAS PARA LA CELEBRACIÓN:

1º. Celebrar la Misa *“En tiempo de hambre o por los que padecen hambre”* o *“Por la justicia”*.

2º. Rezar la Plegaria Eucarística

3º. Al lado del altar, en lugar visible, se puede poner el cartel de la campaña.

4º. Lecturas:

Primera lectura: Isaías 2,1-5 (o Apocalipsis 3,14-22).

Salmo 18,2-15.

Evangelio: Mateo 25, 31-46.

Monición de entrada:

Hermanos y hermanas:

«No podemos vivir sin la Eucaristía», decían los primeros cristianos. Nosotros tampoco, pues en ella escuchamos la Palabra de Jesús, al que comemos, del que nos alimentamos. Él nos da el Pan que da la vida. Y el mismo Jesús nos dice: *«Tuve hambre y me disteis de comer»*.

La campaña *“Una sola familia humana. Alimentos para todos”*, nos invita un año más a luchar contra el escándalo del hambre y a promover el derecho efectivo de todos los seres humanos a una digna alimentación. A pesar de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, sigue sin resolverse este gravísimo problema y nuestro mundo continúa escuchando el clamor de aquellos que se nos mueren de hambre y nos gritan: *«No me disteis de comer»*.

Al celebrar esta Eucaristía, a la vez que escuchamos de nuevo el gemido de Dios -*«He oído el grito de mi pueblo»*- , nos comprometemos a trabajar por la erradicación del hambre y la pobreza. Así podremos oír de su propia boca: *«Venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer»*.

¹ El Cardenal Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, Arzobispo de Tegucigalpa (Honduras), Presidente de Caritas Internationalis y Moderador del grupo de cardenales, asesor del Papa Francisco, ha elaborado el guión litúrgico del curso 2013- 2014. El momento clave para utilizarlo es la Semana contra la Pobreza, que tendrá lugar en octubre, pero se puede utilizar en cualquier otro momento, ya que nos invita a reflexionar y rezar por las personas más empobrecidas.

Acto penitencial

- **Señor**, tú que no sólo nos quieres cercanos, sino que nos llamas a vivir como hermanos, *¡Señor, ten piedad!*
- **Cristo**, tú que eres el enviado del Padre para hacernos sentir miembros de una sola familia humana *¡Cristo, ten piedad!*
- **Señor**, tú que has creado el mundo para todos y quieres que se reconozca el derecho efectivo de todos a la alimentación y a participar de los bienes, *¡Señor, ten piedad!*

Monición a las lecturas

Isaías 2,1-5. El profeta Isaías contempla una peregrinación subiendo a Jerusalén. Esta visión lleva al profeta a proclamar su fe y su esperanza:

«Un día será definitivo el triunfo del bien, de la paz, de la justicia, de Dios».

Entonces *«habrá arados y podaderas»* para hacer realidad la voluntad de Dios y su promesa.

Salmo 18, 2-15. Proclamamos este himno de alabanza al Creador.

Jesús veía en el universo el dominio de Dios que *“hace salir su sol sobre buenos y malos, alimenta a los pájaros y viste a los lirios del campo»*.

El hombre del siglo XXI no puede perder la capacidad de descubrir el rostro de este Dios en la naturaleza y, sobre todo, en el hermano.

Apocalipsis 3, 14-22. Los cristianos de Laodicea se habían instalado muy satisfechos en la tibieza, en la mediocridad. Pero tienen que espabilarse, de lo contrario serán *«escupidos de la boca del Amén»*. Dios nos sigue llamando, como a ellos, a tener el oro de la fe, los vestidos blancos de las virtudes evangélicas, el colirio para ver la realidad como Dios la ve. No podemos decir: *«Yo soy rico, me he enriquecido y no tengo necesidad de nada»*.

Mateo 25,31-46. Jesús nos habla de lo que un hombre transformado por la fe, que sabe descubrir su presencia en *«los humildes hermanos»*, puede llegar a hacer en este planeta. Las palabras *«conmigo lo hicisteis»*, nos señalan la relación misteriosa, pero real, que une a Cristo con todo ser humano necesitado.

“Tuve hambre y me disteis de comer” (Mt 25,42) Los primeros cristianos nos han transmitido que Jesús vivió totalmente volcado hacia los más necesitados, hacia los que llama *«mis hermanos más pequeños»*. Este Jesús vive plenamente lo que dice: *«sed compasivos como vuestro Padre es compasivo»*. Para Él la compasión es el criterio último y decisivo que juzgará la vida de sus discípulos, de cada uno de nosotros, pues lo que da valor imperecedero a la vida no es la condición social, el talento personal o el éxito logrado. Lo decisivo es el amor práctico y solidario con los necesitados. Un amor que se traduce en un hecho concreto: *«Me disteis de comer»*.

Este día, en que celebramos que somos *«una sola familia humana»*, proclamamos con el Papa Francisco, como en un gran rugido, que los *«alimentos que hay bastarían para quitar el hambre a todos»*. Y con Isaías reafirmamos la esperanza de que *«un día será definitivo el triunfo del bien, de la paz, de la justicia, de Dios»*.

1.- Una mirada a la realidad

La realidad nos hace descubrir muchas sombras:

El sistema de la autonomía absoluta de los mercados y de la economía especulativa es perverso, injusto, inmoral, y la crisis alimentaria, provocada por este sistema, lleva al hambre a casi mil millones de personas: ¡Y son mis hermanos!

El hambre no se debe a la escasez de alimentos, sino que es consecuencia de la agroindustria y de la búsqueda de alternativas al petróleo. Los biocombustibles sacados del maíz, caña de azúcar y otros granos han “robado” estos alimentos

a las personas, haciendo que escaseen y suban los precios. Se ha hecho más importante “alimentar” a los vehículos que a las personas.

A esto se añaden otras causas, como el deterioro medioambiental, el cambio climático, el acaparamiento de tierras por parte de empresas y grandes terratenientes y la especulación con los alimentos.

El resultado es que muchos millones de habitantes de las zonas rurales del llamado tercer mundo ya no poseen tierras, pues el 80% de las tierras destinadas a cultivos de exportación ya son de multinacionales. Así, los mayores perjudicados son los campesinos: ¡Los agricultores y sus familias pasan hambre!

Jesús Resucitado pone ante nuestros ojos un interrogante: ¿qué estamos haciendo con todos los que sufren? Más concretamente, ¿qué estamos haciendo ante los que no tienen el pan de cada día, los que se nos mueren de hambre?

Y no vale la respuesta en forma de pregunta evasiva y tranquilizadora: «¿Cuándo te vimos con hambre y no te asistimos?».

El texto evangélico nos muestra dos maneras de reaccionar ante los que pasan hambre: nos compadecemos y les ayudamos o nos desentendemos y los abandonamos. Y esta doble actitud se está dando aquí y ahora. Ahora estamos ayudando o nos estamos desentendiendo de los que sufren.

Ahora nos estamos acercando o alejando de Cristo.

Ahora estamos decidiendo nuestra vida y también nuestro juicio. Lo que se hace o se deja de hacer a ellos, a los que pasan hambre, se le está haciendo o dejando de hacer al mismo Dios encarnado en Cristo.

Con cierta frecuencia, nos acosa, como una tentación, la sensación de que lo que nosotros podemos hacer no cambia nada. Sin embargo, la misma realidad nos dice también que los esfuerzos humanos por un mundo más justo no son inútiles, aportan luces y signos de esperanza. Veamos algunos:

- El número mundial de muertes de menores de 5 años se ha reducido de 12,6 millones en 1990 a 6,6 millones en 2011.
- En los países en desarrollo, el porcentaje de menores de 5 años con bajo peso se ha reducido del 28% en 1990 al 17% en 2012.
- Las nuevas infecciones por el VIH se han reducido en el mundo un 33% entre 2001 y 2012.
- Los casos existentes de tuberculosis están disminuyendo, igual que las muertes entre los casos de tuberculosis sin VIH.
- En 2010 el mundo cumplió la meta de los Objetivos de Desarrollo del Milenio con real acceso al agua potable, medido por un indicador indirecto: el acceso a fuentes de agua mejoradas.

2. Un rugido que nos provoca la Biblia y la Doctrina Social de la Iglesia

El provocador mensaje de Jesús nos abre los ojos y el corazón a los hambrientos. Podemos excusarnos y decir: «¿Cuándo te vimos con hambre?». Pero la excusa no es aceptable. Ahora tenemos toda la información necesaria, los medios de comunicación nos la transmiten. No se puede mirar a otra parte.

Por eso, el Papa ha invitado “a todas las instituciones del mundo, a toda la Iglesia y a cada uno de nosotros mismos, como una sola familia humana, a dar voz a todas las personas que sufren silenciosamente el hambre, para que esta voz se convierta en un rugido capaz de sacudir al mundo”.

Este rugido lo expresa en su Exhortación “*Evangelii Gaudium*” en una fortísima denuncia profética contra “la economía de la exclusión” (nº53-54), “la idolatría del dinero” (55- 56), “la inequidad que genera violencia” (59-60), y afirmando que “no compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos” (57).

También nosotros, como un rugido, tenemos que proclamar que no hay religión verdadera, no hay política progresista, no hay proclamación responsable de los derechos humanos si no es defendiendo a los más vulnerables, aliviando sus carencias y restaurando su dignidad.

Con frecuencia, nos sentimos satisfechos pensando: «*Yo no he hecho nada malo*». Pero recordemos lo que dice san Agustín: «*Un buen cristiano no es el que no hace nada malo, sino el que hace muchas cosas buenas*». Y hoy hemos de tener claro que la última y decisiva enseñanza de Jesús es ésta: el Reino de Dios es y será siempre de los que aman al pobre y le ayudan en su necesidad.

Dijo Sartre que «*el infierno son los otros*», pero el teólogo Javier Gafo nos aclara que «*el infierno son los otros cuando cada uno se empeña en conseguir de comer para sí mismo. El cielo son los otros cuando cada hombre no se preocupa de sí mismo, sino de dar de comer a los hermanos. Ese es el cielo al que aspiramos, el Reino de Dios que comenzamos ya a construir*».

Hoy sale a nuestro encuentro Jesús, el Señor Resucitado, en cada uno de los hambrientos de nuestro mundo. El Señor quiere sacudir las conciencias de quienes nos hemos acostumbrado a vivir en la abundancia teniendo cerca pueblos enteros viviendo y muriendo en la miseria más absoluta. El Señor sacude las conciencias de nuestros líderes mundiales, de los presidentes de multinacionales, de las instituciones de la ONU, de todos aquellos que legislan, hacen negocios, mercadean sin tener en cuenta la vida de los excluidos, de los descartados por este sistema inhumano.

Hoy queremos acercarnos a Jesús, el “Hijo del Hombre”, mirando detenidamente y con compasión el rostro de los que sufren. En ninguna imagen podremos reconocer con más verdad el rostro de Jesús que en el rostro de los 850 millones de hermanos y hermanas que están privados del pan de cada día y al borde de la muerte.

3.- Un compromiso contra el hambre

Ante esta realidad todos tenemos algo que hacer. Cada uno de nosotros puede hacer mucho para luchar contra el hambre y la pobreza. Veamos posibles acciones:

Defender la dignidad de la persona es lo primero. Este es el primer valor que hemos de salvar. En la construcción de la sociedad tenemos que partir del principio de la primacía de la dignidad humana. Ésta debe ser respetada por todos, especialmente por las instituciones sociales y políticas, cuyo principal compromiso es el de contribuir al desarrollo integral de la persona.

Aumentar la conciencia social sobre el derecho a la alimentación y animar a los gobiernos, a las empresas y a los ciudadanos a concretar su realización, hasta lograr el objetivo de ‘hambre cero’ para el año 2025”.

Trabajar por humanizar el sistema económico, injusto en su raíz, en el que predomina la ley del más fuerte. La cultura del descarte hace que los excluidos no son explotados sino desechos, sobrantes. No se puede silenciar a los pobres mientras algunos no quieren renunciar a sus privilegios.

Llevar a cabo acciones de incidencia política: urgir a los poderes públicos que no abandonen a su suerte a los pobres, que cumplan los compromisos adquiridos en cooperación internacional y lideren la aplicación de políticas en defensa de los derechos humanos.

Promover un cambio de hábitos en los países desarrollados que acabe con la terrible paradoja de que mientras unos sufren una epidemia de obesidad, otros padecen desnutrición.

Asumir compromisos cercanos y concretos: no desperdiciar alimentos en casa, proponer en nuestras parroquias un proyecto concreto de ayuda al desarrollo, unirnos a redes sociales que trabajen por otro mundo posible...**Y contar con los pobres.** Sí, los pobres también encuentran y ofrecen caminos de solidaridad y compartir. Ellos son parte de la solución y hay que contar con ellos como principales agentes de su propio desarrollo.

Paso al rito:

Que el Señor ilumine los ojos de nuestro corazón para que veamos su rostro en cada persona hambrienta y necesitada. Que no digamos como los ciegos, dignos de pena y de lástima del Apocalipsis: *«yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada».*

Que el sentarnos como hermanos en la misma mesa, nos comprometa a entregar nuestra vida para que todos los seres humanos, como miembros de una sola familia, tengan los alimentos que necesitan y a los que tienen derecho.

ORACIÓN DE LOS FIELES

1. Por la Iglesia, por el Papa Francisco y todos los obispos, por todos los miembros del Pueblo de Dios, para que no nos desanimemos en la defensa de la dignidad de las personas y los pueblos, oremos al Señor.

2. Para que el pobre y todo el que sufre, como signo de la presencia del Señor entre nosotros, constituya siempre el centro de nuestra atención y de nuestra entrega, oremos al Señor.

3. Por todos los hombres de buena voluntad que se preocupan por construir un mundo mejor, para que sus esfuerzos se vean coronados por la conquista de una sociedad más justa y fraterna, según el proyecto de Dios, oremos al Señor.

4. Por los que dirigen y organizan el mundo del trabajo y de la economía, para que procedan siempre con sabiduría y justicia, respetando los derechos de todos los hombres y todos los pueblos, oremos al Señor.

5. Para que se produzcan los cambios necesarios en las estructuras económicas de manera que la riqueza esté repartida con justicia, oremos al Señor.

6. Para que todos los hombres moderemos los deseos de bienes temporales y atendamos a las necesidades de los demás, oremos al Señor.

7. Para que los pobres y los hambrientos puedan recobrar su fe en la Iglesia encontrando la debida acogida en todos nosotros, oremos al Señor.

8. Para que cuidemos el planeta Tierra como si fuera la niña de nuestros ojos, oremos al Señor.

ORACIÓN PARA REZAR DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

«Ayúdanos a derrotar el flagelo del hambre, agravado por los conflictos y los inmensos derroches de los que a menudo somos cómplices.

Haznos disponibles para proteger a los indefensos, especialmente a los niños, a las mujeres y a los ancianos, a veces sometidos a la explotación y el abandono.

Haz que podamos curar a los afectados por enfermedades que se difunden a causa de la incuria y de la extrema pobreza.

Conforta a quienes han dejado su propia tierra para emigrar a lugares donde poder esperar un futuro mejor, vivir su vida con dignidad y muchas veces profesar libremente su fe.

Te rogamos, Jesús glorioso, que cesen todas las guerras, toda hostilidad, pequeña o grande, antigua o reciente (...), que se ponga fin a los enfrentamientos (...) y los ánimos se encaminen hacia la reconciliación y la concordia fraterna».

(Papa Francisco, Mensaje pascual, 2014)